

llevando por única compañía los amargos recuerdos de cuatro años de luchas estériles.

La situación económica

El Gobierno debe ciento diez millones de pesos en sueldos, pensiones y cuentas de proveedores. Por métodos absurdos el Gobierno contribuye al enriquecimiento de los bancos; el país no produce lo que debiera producir. Aunque las exportaciones exceden a las importaciones en algunos millones de pesos anualmente, este provecho aparente deja de serlo cuando consideramos que la mayor parte de los artículos son producidos con capitales extranjeros cuyas ganancias necesariamente tienen que salir del país. La mayor parte de las minas, el salitre, los bancos, las compañías de seguros, los servicios de tranvías eléctricos están en manos de capitalistas ingleses, alemanes o norteamericanos; de manera que mientras el Gobierno se empobrece y el pueblo sufre toda clase de miserias, el oro ganado con el cerebro y el músculo de Chile va a enriquecer a las familias de las potencias imperialistas. El Estado es incapaz de hacer mejorar esta condición desastrosa. Si fueran únicamente los profesores y los otros empleados inofensivos los que sufren, la cosa habría continuado sin solución. Pero ahora los que sufren, los que están sin sueldo son los defensores de la tradicional oligarquía, los que se llaman a sí mismos defensores del país, los oficiales del ejército. El día 10 de Septiembre el General Altamirano se hace nombrar Jefe de Gabinete, pidiendo poco después la renuncia al Presidente de la República y haciéndose cargo del Gobierno con el título de Vicepresidente.

El Gobierno militar

El General Altamirano, jefe de los oficiales rebeldes, se apodera del Gobierno en una forma arbitraria y violenta, imitando al usurpador italiano y a Primo de Rivera. Este golpe de Estado es una vergüenza para un país que ostenta los pomposos títulos de Democracia y de República y es al mismo tiempo un insulto para el pueblo de Chile. Yo no conozco la preparación de estos militares; probablemente hayan pasado su vida aprendiendo a matar y a destruir en esta sociedad eminentemente cristiana. Hasta ahora el ejército de Chile había estado al servicio de la plutocracia, ahora violentamente se pone a su misma altura, aunque para ello haya tenido que destruir la institución más sagrada y el honor fundamental de la nación. Este Gobierno militar puede inaugurar en Chile un régimen de terror. Afortunadamente no habrá en el país un hombre como Miguel de Unamuno que se atreva contra los militares, y digo afortunadamente, porque parece que la opinión de los intelectuales no vale nada en estos tiempos de revolución pacífica y de asaltos patrióticos. No quiero avanzar ninguna opinión sobre la labor futura de este Gobierno militar; únicamente deseo imprimir aquí la rotunda protesta de un hombre libre en contra de los usurpadores que se apoderan del Gobierno de esta manera vergonzosa. Ojalá que el Gobierno militar de Chile no cometa los errores del Directorio español y ojalá que cumpla su promesa de retirarse del Gobierno tan pronto como la situación económica se solucione.

En caso contrario, el pueblo de Chile tiene el imperioso deber de levantarse en contra de los usurpadores y de castigarlos con la severidad que exigen los hechos. Aunque los militares encaucen al país por una senda de prosperidad y de paz, deben generosamente respetar los derechos elementales del pueblo, y renunciar al mando, manteniendo así la noble tradición del viejo ejército chileno. El pueblo debe elegir a sus gobernantes y la Constitución no debe destruirse sino por motivos de importancia vital.

ARTURO TORRES RIOSECO

Querido García Monge:

Ya estaba estaba este artículo listo para aparecer en *La Prensa* de New York, cuando me llegó el famoso «Manifiesto» de los intelectuales chilenos. Ahora quiero que estas palabras vayan en el único semanario libre de América, en el mismo que acogió la voz de los escritores de mi patria. La mayor parte de los firmantes son amigos míos; todos son literatos, nada más que literatos. Pues bien, yo que hace tiempo abandoné la literatura para escribir como *Hombre de América* (te imito, loco Sarmiento) declaro que ese «Manifiesto» es la voz de una camarilla de literatos y que no representa la manera de pensar de los hombres libres de Chile. En carta reciente a uno de estos firmantes camaristas hablaba yo en contra del Directorio español. Desde Madrid envié a Ud. un artículo de protesta por la prisión de Unamuno. En París hablé con este gran viejo lírico y cada una de sus palabras me quemaba pecho adentro. ¡Tanta injusticia, tanta opresión en un país que se supone libre! Ahora, suponiendo que ese Altamirano sea un apóstol, (de la violencia lo será), aceptando que los jóvenes militares tengan buenas intenciones ¿qué harán? El problema de Chile es uno de carácter económico y los del sable—tampoco los de la pluma—no entienden de estas cosas. Yo esperé algo de los obreros y los obreros se unieron a los usurpadores; luego puse mi fe en los estudiantes y éstos adoptan una actitud indiferente y por último los literatos justifican esta violación de nuestros derechos más elementales. ¿Será que nuestras teóricas democracias no tienen salvación? Nuestra América produce más literatos de los que ha menester.

A. T. R.

University of Minnesota,
Minneapolis, Minn. U. S. A.

